

# **Sandokán**

## **Los dos tigres**

**Emilio Salgari**



*Sandokán: Los dos tigres*  
Emilio Salgari  
Título original: *Le due tigre*  
First published in Italian in 1904

Translation Copyright © 2014 ROH Press

Cover: *Scene from the Indian Mutiny*, H.W. Koekkoek, 1908

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.

No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

## **Nuestros títulos en español**

### **Todas las aventuras de Sandokán**

Los misterios de la Jungla Negra

Los tigres de Mompracem

Los piratas de la Malasia

Los dos tigres

*El Rey del Mar*

A la conquista de un imperio

La venganza

La reconquista de Mompracem

Revolta en Assam

### **Todas las aventuras del Corsario Negro**

El Corsario Negro

La Reina de Los Caribes

Yolanda, La Hija del Corsario Negro

## **Our English Titles**

### **The Sandokan Series**

The Mystery of the Black Jungle

The Tigers of Mompracem

The Pirates of Malaysia

The Two Tigers

The King of the Sea

Quest for a Throne

The Reckoning

### **The Black Corsair Series**

The Black Corsair

The Queen of the Caribbean

## Índice

- Capítulo 1: *El Mariana*
- Capítulo 2: El rapto de Darma
- Capítulo 3: Tremal-Naik
- Capítulo 4: El *mahant*
- Capítulo 5: La fiesta de Dharmarásh
- Capítulo 6: La *devadasi*
- Capítulo 7: Un drama indio
- Capítulo 8: El *Anumarana*
- Capítulo 9: Las revelaciones del *mahant*
- Capítulo 10: Una terrible batalla
- Capítulo 11: En las junglas
- Capítulo 12: La acometida del rinoceronte
- Capítulo 13: El devorador de hombres
- Capítulo 14: El primer tigre
- Capítulo 15: En los Sundarbans
- Capítulo 16: Los thugs
- Capítulo 17: Señales misteriosas
- Capítulo 18: El ciclón
- Capítulo 19: La desaparición de la devadasi
- Capítulo 20: La torre de Barrekporre
- Capítulo 21: La traición de los thugs
- Capítulo 22: Sirdar
- Capítulo 23: La isla de Rajmangal

- Capítulo 24: La pagoda de los thugs
- Capítulo 25: En el refugio de los thugs
- Capítulo 26: El ataque de los piratas
- Capítulo 27: Una hecatombe
- Capítulo 28: En persecución de Suyodhana
- Capítulo 29: La insurrección de la India
- Capítulo 30: Los traidores
- Capítulo 31: Persiguiendo a los tigres de Mompracem
- Capítulo 32: Hacia Delhi
- Capítulo 33: Las matanzas de Delhi

# Capítulo 1

## El Mariana

EN LA MAÑANA del día 20 de abril de 1857, el vigía del faro de Diamond Harbour, advertía la presencia de un barco pequeño, que debía de haber entrado en la embocadura del río Hugli durante la noche sin reclamar los servicios de ningún piloto.

A juzgar por sus enormes velas, parecía un velero malayo; pero el casco no se parecía a los de los *praos*, pues no llevaba los balancines que usan éstos para apoyarse mejor en las aguas, cuando las ráfagas de viento son muy violentas, ni tampoco aquella especie de toldilla, propia de las embarcaciones de ese tipo y que los indígenas denominan con el nombre de *attap*.<sup>1</sup> Estaba construido con franjas de hierro y durísima madera, no tenía la popa baja, y su desplazamiento era tres veces mayor que el de los *praos* ordinarios, los cuales en muy pocas ocasiones llegan a las cincuenta toneladas.

Fuera lo que fuese, era un bellissimo velero, largo y estrecho, que, con un buen viento de popa, debía de bogar mucho mejor que todos los buques de vapor que por entonces poseía el Gobierno anglo-indio. En suma, era un barco que recordaba, si exceptuamos su arboladura, a los famosos leños que violaron el bloqueo en la guerra entre el Sur y el Norte de Estados Unidos.

Pero, probablemente, lo que asombró más al vigía del faro fue la tripulación de aquel velero, demasiado numerosa para un barco tan pequeño y tan extraño.

Estaban allí representadas las razas más belicosas que existían en toda Malasia. Había malayos de color moreno y torva mirada, bugineses,<sup>2</sup> macasares,<sup>3</sup> batakas,<sup>4</sup> dayakos, los famosos y terribles

---

<sup>1</sup> Attap: Paja hecha en el sudeste asiático con las hojas de la palmera *Nypa*.

<sup>2</sup> Bugineses: un grupo étnico principalmente, de las provincias de Célebes Meridional, la tercera más grande de Indonesia.

<sup>3</sup> Macasares: los habitantes de Macasar, la capital y mayor ciudad de la provincia de Célebes Meridional, en Indonesia. Se encuentra al sur de la isla de Célebes, en el estrecho de Macasar.

cortadores de cabezas de las florestas borneanas; se veían incluso negritos de Mindanao, y algunos papuanos con la enorme cabellera recogida por un peine de grandes proporciones.

No obstante, ninguno de ellos llevaba el traje nacional; todos vestían el *sarong*, que es un lienzo de tela blanca que llega hasta las rodillas, y el *kabaya*,<sup>5</sup> especie de chaqueta muy larga de varios colores, pero que no impide una completa libertad de movimientos.

De entre todos aquellos hombres, sólo dos, quizá los comandantes del barco, vestían un traje distinto y de una gran riqueza.

Uno de ellos era un hombre tipo oriental, soberbio, que estaba sentado en un cojín de seda roja, cerca de la rebola del timón, en el momento en que el barco pasaba por delante de Diamond Harbour.

Era de estatura más bien alta, asombrosamente desarrollado, de hermoso rostro, a pesar del tono muy bronceado de su tez, y con una espesa cabellera rizada, negra como ala de cuervo, que le caía hasta los hombros. Sus ojos parecían animados por un fuego interior.

Vestía al estilo oriental: túnica de seda azul recamada en oro, con amplias mangas abrochadas con botones de rubíes; anchos pantalones y zapatos de piel amarilla, retorcidos por la punta. Llevaba en su cabeza un pequeño turbante de seda blanca, con un penacho sujeto por un diamante del tamaño de una nuez, de incalculable valor.

En cambio, su compañero, que se apoyaba sobre la borda, mientras plegaba nerviosamente una carta, era un europeo de elevada estatura, de facciones finas, aristocráticas, ojos azules y de mirada suave y un bigote negro que ya comenzaba a encanecer, aun cuando parecía más joven que el primero.

Vestía también con mucha elegancia, pero no a la usanza oriental; chaqueta de terciopelo color castaño, con botones de oro, ceñida a la cintura por una faja de seda roja, pantalones de brocatel y botas con polainas de piel clara, con hebillas de oro. Cubría su cabeza un amplio sombrero de paja de Manila, adornado con una cinta de color oscuro.

Cuando el velero iba a pasar por delante de la casilla blanca y del asta de señales, cerca de donde estaban los pilotos y los dos

---

<sup>4</sup> Batak: uno de los pueblos de Indonesia. Su área central está en el norte de Sumatra con centro en el lago Toba.

<sup>5</sup> Kabaya: vestido en malayo.



guardianes del faro, en espera de que reclamasen sus servicios, el europeo, que hasta entonces no se había dado cuenta de la proximidad del faro, se volvió hacia su compañero, que iba ensimismado en sus propios pensamientos.

—Sandokán —le preguntó—, estamos dentro del río y ésta es la estación de los pilotos. ¿No tomamos uno?

—No me gustan los curiosos a bordo de mi barco, Yáñez —contestó el aludido, levantándose y dirigiendo una mirada distraída hacia la estación—. Ya sabremos entrar en Calcuta sin necesidad de pilotos.

—Sí —dijo Yáñez, después de reflexionar unos instantes—. Es mejor conservar el incógnito. Cualquier indiscreción puede poner sobre aviso a ese bribón de Suyodhana.

—¿Cuándo llegaremos a Calcuta, tú que la has otras veces visitado?

—Probablemente antes de la puesta de sol —contestó Yáñez—. Está subiendo la marea y la brisa sigue siendo favorable.

—Estoy impaciente por volver a ver a Tremal-Naik. ¡Pobre amigo! ¡Perder primero a su mujer y ahora a su hija!

—¡Se la arrebataremos a Suyodhana! ¡Ya veremos si el Tigre de la India es capaz de vencer al Tigre de Malasia!

—Sí —dijo Sandokán, a quien le relampaguearon los ojos, arrugando el entrecejo de un modo amenazador—. ¡Se la arrebataremos, aunque para ello haya que revolver la India entera y ahogar a esos perros de thugs en sus misteriosas cavernas! ¿Habrá llegado nuestro telegrama a manos de Tremal-Naik?

—Un telegrama llega siempre a su destino. No temas, Sandokán.

—Entonces nos esperará.

—De todos modos, creo que deberíamos advertirle que ya hemos entrado en el Hugli y que esta noche estaremos en Calcuta. Nos enviará a Kammamuri para que nos reciba, y evitarnos así la molestia de tener que buscar su casa.

—¿Hay alguna oficina telegráfica en las orillas del río?

—La de Diamond Harbour.

—¿La estación de los pilotos que acabamos de pasar?

—Sí, Sandokán.

—Pues ya que todavía estamos a la vista, pongámonos al paio; manda echar un bote al agua y envía a alguien. Aunque nos

retrasemos media hora no importa gran cosa. Además, es posible que los thugs vigilen la casa de Tremal-Naik.

—Admiro tu prudencia, Sandokán.

—Entonces, amigo mío, escribe.

Yáñez arrancó una hoja de papel de un librito de notas, sacó un lápiz y escribió:

A bordo del *Mariana*.

Señor Tremal-Naik.

Calle Dharmatala.

Hemos entrado en el Hugli y llegaremos esta noche. Envía a Kammamuri a nuestro encuentro. Nuestro barco enarbola la bandera de Mompracem.

Yáñez de Gomera

—Ya está hecho —dijo, dando el papel a Sandokán para que lo leyera.

—Está bien —contestó éste—. Es mejor que firmes tú. Los ingleses todavía pueden acordarse de mí y de mis correrías.

Una canoa tripulada por cinco hombres esperaba al costado del velero, en tanto que éste se ponía al paio, a una media milla de distancia de Diamond Harbour.

Yáñez llamó al timonel de la canoa y le entregó el telegrama y una libra esterlina, diciéndole:

—Ni una palabra acerca de quiénes somos; habla en portugués. Y, por el momento, el capitán soy yo.

El timonel, que era un bello ejemplar de dayako, alto y robustísimo, descendió rápidamente a la lancha, que enseguida partió hacia la estación de los pilotos.

Media hora después estaba ya de regreso, anunciando que el despacho ya se había expedido a su destino.

—¿No te han hecho preguntas, los guardianes del faro? —preguntó Yáñez.

—Sí, capitán Yáñez, pero yo permanecí mudo como un pez.

—Muy bien.

Enseguida izaron la canoa con ayuda de los cables, y el *Mariana* reemprendió la marcha, siguiendo siempre por el centro del río.

Sandokán había vuelto a tumbarse en su cojín de seda, y Yáñez encendió un cigarro y fue a recostarse de nuevo en la borda, mirando distraídamente hacia las orillas del río.

Enormes bosques de caña de bambú de más de quince metros de altura se extendían a derecha e izquierda del imponente río, cubriendo las tierras bajas y fangosas llamadas los Sundarbans del Ganges, refugio favorito de los tigres, rinocerontes, serpientes y cocodrilos.

Un gran número de pájaros acuáticos revoloteaban por las orillas, pero no se veía a ningún ser humano.

Airones gigantes, grandes cigüeñas negras, ibis oscuros y feísimos y colosales *arghilas*,<sup>6</sup> alineados como soldados sobre las ramas curvas de los mangles, tomaban su baño matutino, desplumándose recíprocamente; mientras en lo alto bandadas de patos brahmánicos, de cormoranes indios<sup>7</sup> y de fochas<sup>8</sup> se perseguían y divertían alegremente, para precipitarse luego todos al agua en el momento en que alguna banda de mangos, aquellos deliciosos peces rojos del Ganges, cometían la imprudencia de mostrarse.

—¡Hermosos puestos de caza, pero tan mal país! —murmuró Yáñez, el cual iba mirando cada vez con más interés aquellas orillas—. No valen estas junglas lo que las majestuosas florestas de Borneo, y ni siquiera lo que las de Mompracem. Si aquí es donde habitan los thugs de Suyodhana, no los envidio. Cañas, espinos y pantanos; espinos, pantanos y cañas. Esto es todo lo que ofrece el delta del río sagrado de los hindúes. Nada ha cambiado desde que yo visité la India por última vez. Decididamente, los ingleses no se preocupan más que de exprimir a los pobres indios lo mejor que saben.

El *Mariana* proseguía siempre su avance con gran rapidez y, sin embargo, las orillas no tenían trazas de cambiar, especialmente la

---

<sup>6</sup> Arghila: *Marabú argala*

<sup>7</sup> Cormorán indio: *Phalacrocorax fuscicollis*, es una especie de ave suliforme de la familia Phalacrocoracidae.

<sup>8</sup> Fochas: (fulica) un género de aves gruiformes de la familia Rallidae conocidas vulgarmente como fochas o gallaretas.

orilla derecha. En la otra comenzaban a verse de vez en cuando algunos grupos de miserables cabañas, cuyas paredes estaban hechas de fango secado al sol, y los techos de hojas; cocoteros medio pelados y algún que otro *bay-rum*<sup>9</sup> de enorme tronco y espesas ramas las resguardaban de los abrasadores rayos solares.

Observaba Yáñez aquellas miserables aldehuelas, defendidas por la parte que daba al río por fuertes estacadas, con objeto de proteger a sus habitantes de las acometidas de los cocodrilos, cuando se le acercó Sandokán, preguntándole:

—¿Son éstos los pantanos donde habitan los thugs?

—Sí, hermano mío —contestó Yáñez.

—Aquello que allí se ve, ¿será tal vez uno de sus puestos de observación? ¿No ves allá abajo, entre las cañas, una especie de torre que parece de madera?

—Eso es un refugio para náufragos —contestó Yáñez.

—¿Y quién lo ha hecho?

—El Gobierno anglo-indio. El río, hermano mío, es más peligroso de lo que puedas suponer, por los muchos bancos de arena que la fuerza de la corriente cambia de sitio a cada momento; de aquí que los naufragios sean más frecuentes aquí que en alta mar. Y como las orillas están pobladas de animales feroces, ha habido necesidad de construir, de trecho en trecho, esas torres de refugio. Se sube a ellas por medio de escalas de mano.

—¿Y qué es lo que hay en esas torres?

—Viveres, que renuevan todos los meses unos vaporcitos destinados a ese servicio.

—¿Tan peligrosas son estas orillas? —preguntó Sandokán.

—Peligrosísimas, porque están infestadas de fieras y porque no pueden ofrecer recurso alguno al desgraciado que naufraga en ellas. ¿Qué te figuras? Tras esas plantas palúdicas estoy seguro de que hay muchos tigres que nos siguen con la mirada. Son más audaces que los que viven en nuestros bosques, pues son capaces de arrojarse al agua para atacar de improviso a los pequeños veleros, y tratar de arrastrar a algún pobre marinero.

---

<sup>9</sup> Bay-rum: otro nombre con el que se conoce a la malagueta, árbol de la familia Myrtaceae.

—¿Y no piensan destruirlos?

—Los oficiales del ejército inglés dan, con frecuencia, grandes batidas; pero las fieras son tan abundantes, que no logran que disminuyan de un modo ostensible.

—Me viene una idea, Yáñez —dijo Sandokán.

—¿El qué?

—Esta noche te lo diré, cuando hayamos visto a ese pobre Tremal-Naik.

En aquel momento, el *prao* pasaba por delante de la torre que le había llamado la atención a Sandokán, la cual se elevaba en las márgenes de un islote pantanoso, separada por un canalillo del gran cañaveral.

Se trataba de una sólida construcción hecha con pilotes y grandes bambúes, de unos seis metros de alto y de aspecto fuerte. La entrada se hallaba muy cerca de la techumbre y, como se ha dicho, se subía a ella por una escala de mano. Una inscripción grabada en cuatro idiomas: francés, inglés, alemán e hindí, recomendaba a los náufragos que economizasen los víveres, pues el barco que los renovaba iba tan sólo una vez al mes.

En aquel momento no había ningún náufrago. Únicamente dormitaban sobre el techo varias parejas de marabúes con la cabeza escondida bajo un ala, asomándoles por entre las plumas del pecho su enorme pico. Probablemente estaban digiriendo el cadáver de algún indio, que quizá habría ido a embarrancar en aquellos parajes.

Hacia el mediodía, ambas orillas empezaron a verse un poco más pobladas, aun cuando los cañaverales se extendían de un modo considerable, con sus gigantescas hierbas de color amarillento. En aquellas enormes llanuras monótonas, tristísimas, se veían charcas, mitad de agua, mitad de lodo, cubiertas de una vegetación grisácea, en la cual se destacaban vivamente de vez en cuando los colores de algunas flores de loto.

Algún que otro habitante aparecía en las orillas, de las cuales emanaban las fiebres y el cólera.

Se dedicaban a recoger la sal que se produce en aquellos terrenos pantanosos, y los cuerpos de los infelices malangi<sup>10</sup> parecían esqueletos vivientes. Atacados de fiebres intermitentes, temblaban, y, más que hombres, parecían niños enfermizos a causa de su baja estatura y de lo desmedrados que estaban.

A medida que el *prao* iba avanzando, sus tripulantes comprobaban que en el mismo río aumentaba la vida y la actividad. Los pájaros eran ya más raros; tan sólo los martin pescadores, subidos en las cañas, hacían oír su monótono canto.

En cambio, las barcas eran más numerosas, indicando la proximidad de la opulenta capital de Bengala. *Bagalas*,<sup>11</sup> *moor-punkee*,<sup>12</sup> *pinazas*<sup>13</sup> y grandes *ghrabs*<sup>14</sup> de buen tonelaje, atravesaban o descendían el río, y algún que otro vapor navegaba con grandes precauciones.

Hacia las seis de la tarde, Yáñez y Sandokán, que iban en la proa, descubrieron entre una nube de humo los altos techos y las cúpulas de las pagodas de la Ciudad Negra o sea la ciudad india de Calcuta y los formidables baluartes del fuerte William.

En la orilla derecha, alineados detrás de graciosos jardincitos y sombreados por palmeras y cocoteros, comenzaban a verse elegantes palacetes y bungalós de arquitectura mixta y anglo-indio.

Sandokán mandó desplegar en el palo mayor la roja bandera de Mompracem con una cabeza de tigre con la boca abierta en medio. Hizo además que se retirase una buena parte de la tripulación, y ordenó cubrir los cañones de popa y de proa.

---

<sup>10</sup> Malangi: una tribu que habita en el Sundarbans. También se los refiere como trabajadores de la sal.

<sup>11</sup> Bagalas: un tipo tradicional de barco árabe de navegación de mar abierto, con dos mástiles y dos o tres velas.

<sup>12</sup> Moor-punkee: un tipo de embarcación de placer de la India con un pavo real como mascarón de proa.

<sup>13</sup> Pinazas: una embarcación construida totalmente de madera de pino, pequeña y movida a remo y vela, capaz de desarrollar una velocidad considerable.

<sup>14</sup> Ghrab: uno de los varios tipos de dhow, embarcación a vela de origen árabe.

—¿No vendrá Kammamuri? —preguntaba a Yáñez, que seguía a su lado, con el eterno cigarro en la boca y mirando a los barcos que se cruzaban en todos sentidos.

El europeo extendió el brazo hacia la orilla derecha y exclamó:

—¡Allí viene el valiente y fiel criado de Tremal-Naik! Mira, Sandokán, aquella chalupa que trae en la popa la bandera de Mompracem.

Sandokán siguió con la vista la dirección señalada por su compañero, y vio un pequeño y elegantísimo *feal charra*<sup>15</sup> de formas esbeltas, que lucía en la proa una dorada cabeza de elefante, tripulado por seis remeros y un timonel, y que ostentaba en la popa la bandera roja.

Avanzaba rápidamente por entre los *gbrabs* y las *pinazas* que llenaban el río en dirección al *prao*, el cual navegaba ahora al paio.

—¿Lo ves? —le preguntó Yáñez con alegría.

—Los ojos del Tigre de la Malasia no están aún debilitados —respondió Sandokán—. Es él quien viene al timón. ¡Manda echar una escala, mi querido amigo! Por fin sabremos cómo ha podido ese perro de Suyodhana robar a la hija del pobre Tremal-Naik.

En pocos minutos, la pequeña embarcación recorrió la distancia que le separaba del *prao* y lo abordó por babor.

Mientras los remeros retiraban los remos y amarraban la chalupa, el timonel subió por la escala con la agilidad propia de un mono y, saltando a la toldilla, exclamó con voz conmovida:

—¡Señor Sandokán! ¡Señor Yáñez! ¡Qué felicidad tan grande volver a verles a ustedes!

Aquel hombre, de unos treinta o treinta y dos años, era un bello ejemplar de indio, más bien alto, de facciones armoniosas, finas y al mismo tiempo enérgicas, y más musculoso que los bengalís, que, por lo general, son delgados.

Su rostro bronceado se destacaba vivamente sobre su traje blanco, y los pendientes que llevaba en las orejas le daban un aspecto entre gracioso y exótico.

---

<sup>15</sup> Feal charra: un tipo de embarcación de placer de la India que tiene una cabeza de elefante como mascarón de proa.

Sandokán apartó la mano que le tendía el indio, y le dio un abrazo, diciéndole:

—¡Aquí, sobre mi pecho, mi valiente maratí!

—¡Ah, señor! —exclamó el indio, con voz ahogada por la emoción.

Yáñez, más tranquilo y no tan emotivo, le apretó fuertemente la mano y le dijo:

—Esto vale tanto como un abrazo.

—¿Y Tremal-Naik? —preguntó Sandokán.

—¡Señor! —dijo el maratí, con voz conmovida por los sollozos—. Tengo miedo de que mi amo se vuelva loco. ¡Se han vengado, los malditos!

—Después nos lo contarás todo —dijo Yáñez—. ¿Dónde debemos anclar?

—Señor Yáñez, no mande usted echar el ancla delante de la explanada del fuerte —dijo el maratí—. Esos miserables thugs nos vigilan, y es preciso que ignoren la llegada de ustedes.

—Remontaremos el río hasta donde tú nos indiques.

—Pues, en tal caso, anclamos al otro lado del fuerte William, delante del *Strand*. Mis remeros se encargarán de guiarles.

—Pero, ¿cuándo podremos ver a Tremal-Naik? —preguntó, impaciente, Sandokán.

—Después de la medianoche, que es cuando ya la ciudad está dormida. Tenemos que actuar con mucha prudencia.

—¿Puedo fiarme de tus hombres?

—Todos ellos son marinos muy hábiles.

—Hazles subir a bordo y entrégales la dirección del *prau*; luego, ven a mi camarote. ¡Quiero saber todo!

El maratí dio un silbido. Acudieron sus hombres y cambió con ellos algunas palabras. Hecho esto, siguió a Sandokán y a Yáñez al saloncito de popa.

## **Capítulo 2**

### **El rapto de Darna**



EL PRAO, VISTO desde fuera, era ya de por sí una nave elegante; sin embargo, el camarote de popa era algo más que eso, era realmente lujoso. Se veía que su dueño no había escatimado gasto alguno, en lo que a su decoración y regio mobiliario se refería.

El saloncito en donde acababan de entrar Yáñez, Sandokán y Kammamuri, ocupaba la mayor parte del departamento de popa. Sus paredes estaban tapizadas de seda roja de China, adornada con floréenlas bordadas en oro. Pendían de los tabiques numerosas armas, artísticamente distribuidas, entre las que destacaban los *keris* malayos de hoja ondulada y aguda punta, tal vez envenenada con el terrible jugo del *upas*,<sup>16</sup> los *campilán*<sup>17</sup> y *parangs*<sup>18</sup> dayakos de ancha y pesada hoja; pistolas y pistolones, con los caños con arabescos y las culatas de ébano taraceadas de madreperla; carabinas indias con incrustaciones maravillosas, y no faltaban ni siquiera viejos trabucos de boca anchísima, usados alguna vez por las beligeras tribus de los bugineses y de Mindanao.

A lo largo de las paredes del saloncito se veía una hilera de bajos divanes, tapizados de seda blanca floreada; en el centro había una mesa de ébano con fileteados de madreperla, y del techo pendía una lámpara de Venecia con un globo de color rosa, ya encendida, y que esparcía en torno una luz muy suave.

Yáñez cogió de la mesa una botella y tres copas, las cuales llenó de un licor de color de topacio y, dirigiéndose al maratí, que se había sentado cerca de Sandokán, le dijo:

—Ahora puedes hablar sin temor a que nadie oiga lo que decimos. Los thugs no son peces, y por tanto no pueden surgir del fondo del mar.

—No son peces, pero tal vez sean demonios —respondió el maratí, suspirando.

---

<sup>16</sup> Upas: veneno que se extrae del látex de diversos árboles, empleado por los indígenas de Java para envenenar sus flechas. La especie más empleada es la morácea *Antiaris toxicaria*.

<sup>17</sup> Campilán: un sable recto y ensanchado hacia la punta, usado por los indígenas de Joló, en Filipinas.

<sup>18</sup> Parang: gran cuchillo, similar a un machete propio de Malasia e Indonesia.

—Bebe un sorbo de whisky y explícate, mi valiente Kammamuri —dijo Sandokán—. El Tigre de Malasia ha dejado su retiro de Mompracem para venir a declarar la guerra al Tigre de la India; pero primero deseo conocer todos los pormenores del rapto.

—Señor, hace veinticuatro días que robaron a la pequeña Darma los emisarios de Suyodhana, y hace veinticuatro días también que mi amo no cesa de llorarla. Si no hubiese recibido su telegrama, en el que le anunciaban que se dirigían hacia aquí, yo creo que a estas horas ya se habría vuelto loco.

—¿Temía que no vendríamos en su ayuda? —preguntó Yáñez.

—Sí; lo temió por un momento, suponiendo que ustedes estarían ocupados en alguna expedición.

—Hace tiempo que duermen los piratas de Malasia, y ahora no hay nada que hacer allí. Las cosas han cambiado mucho y aquellos días de Labuan y de Sarawak pertenecen a un pasado muy remoto.

—Cuenta, Kammamuri —dijo Sandokán—. ¿Cómo os raptaron a la niña?

—Fue una maniobra realmente diabólica, y que demuestra el infernal talento de Suyodhana. Desde que murió Ada, al dar a luz a Darma, mi desgraciado amo puso en la niñita todo el afecto que sentía por su mujer, y la vigilaba estrechamente para evitar que los thugs pudieran intentar algo contra ella.

»Llegaron hasta nuestros oídos vagos rumores acerca de los propósitos de los sectarios de Kali, y redoblamos las precauciones. Se decía que los thugs, que andaban dispersos, huyendo de las persecuciones del capitán MacPherson, cuyos cipayos<sup>19</sup> los castigan tan justa como severamente, habían vuelto a unirse en las enormes cavernas que existen bajo la isla de Rajmangal, y que Suyodhana pensaba buscar otra virgen para la pagoda.

»Estos rumores causaron un gran desasosiego en el ánimo de mi amo. Temía que aquellos miserables, que ya durante tantos años habían retenido prisionera a su mujer, adorándola como a la representante de la diosa Kali, intentaran de un momento a otro

---

<sup>19</sup> Cipayo: Soldados indios al servicio de una potencia europea; en este caso, del Imperio británico.

apoderarse de su hija. Sus temores habían de tener una confirmación terrible y dolorosa.

»Como conocíamos la audacia y la astucia de los thugs, adoptamos unas estrictas medidas de precaución para que jamás pudiesen llegar a la habitación de la niña. Mandamos poner gruesas rejas de hierro en las ventanas; forrar con planchas, también de hierro, las puertas e hicimos reconocer los muros, por si existiese algún pasadizo secreto, como los hay en casi todos los antiguos palacios indios.

»Además, yo dormía en el corredor que conducía a dicha habitación, teniendo a mi lado a un tigre domesticado y a un perro negro terriblemente feroz, al que ya conocen los thugs. De este modo pasaron seis meses de ansiedad en continua vigilancia, sin que los thugs dieran señales de vida.

»Una mañana, Tremal-Naik recibió un telegrama de Chandernagor, firmado por un amigo suyo, un pequeño rajá que había sido destronado por hallarse comprometido en la última insurrección. Este rajá se había refugiado en dicha colonia francesa.

—¿Qué decía ese telegrama? —preguntaron a un tiempo Yáñez y Sandokán, que no perdían palabra del relato.

—No contenía más que cuatro palabras: «Ven; me urge hablarte. Mucdar. » Mi amo, a quien ligaba una gran amistad con el ex-príncipe, por haber recibido muchos favores de él cuando regresamos a la India y creyéndole amenazado por las autoridades inglesas, no vaciló en ponerse en camino, recomendándome una gran vigilancia en derredor de la pequeña Darma.

»Durante el día nada sucedió que pudiese ponerme en sospecha, sobre el golpe que quizá por largo meditaban los sectarios de Kali, para tener a la hija de su ex-Virgen de la Pagoda de Oriente. Había ya llegado la noche cuando recibí también yo un telegrama de Chandernagor y que llevaba la firma de mi amo. Recuerdo aún, palabra por palabra, aquello que decía: «Parte inmediatamente con Darma, pues corre grave peligro por parte de nuestros enemigos». Muy asustado, me dirigí sin pérdida de tiempo a la estación llevando conmigo a la niña y a su nodriza.

»El telegrama lo había recibido a las seis y treinta y cuatro, y a las siete y veintiocho partía un tren para Chandernagor y Hugli. Subí a un compartimento que estaba vacío, y algunos instantes después, casi

en el mismo momento de arrancar el tren, entraron dos brahmanes y se sentaron frente a mí.

»Eran dos personajes de largas barbas blancas, de imponente y grave aspecto, incapaces de infundir sospechas al más desconfiado. Durante una hora no sucedió nada extraordinario; pero apenas hubimos salido de la estación de Serampore ocurrió algo, en apariencia normalísimo, pero que tendría graves consecuencias.

»La maleta de uno de aquellos viajeros se cayó al suelo y con el golpe se abrió, saliendo de su interior un globo de finísimo cristal, dentro del cual iban encerradas unas flores. Inmediatamente dicho globo se hizo pedazos, y las flores se esparcieron por el suelo del departamento.

»Pero los brahmanes no se cuidaron de recogerlas. En cambio, vi que ambos sacaban un pañuelo y se lo ponían ante la boca y la nariz, como si les molestase el aroma que despedían las flores.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, profundamente interesado por lo que decía el maratí—. ¡Continúa, Kammamuri!

—¿Qué sucedió después? —dijo el indio, cuya voz temblaba—. ¡Yo no lo sé! Recuerdo tan sólo que la cabeza se me iba haciendo cada vez más pesada... y después, nada.

»Cuando me desperté reinaba un profundo silencio a mi alrededor, y todo estaba a oscuras. El tren estaba parado y tan sólo se oía, a lo lejos, un agudo silbido.

»Me puse en pie; llamé a Darma y a la nodriza y nadie me respondió. Por un momento creí que había perdido la razón, o que estaba bajo la influencia de una tremenda pesadilla.

»Me precipité hacia la portezuela, pero estaba cerrada. Fuera de mí, rompí de un puñetazo los cristales, por lo cual me corté una mano, pero logré abrir la portezuela y me lancé al exterior.

»El tren estaba detenido en una vía muerta y por allí no había nadie: ni maquinista, ni fogonero, ni revisores. A lo lejos vi unas luces que parecían ser de una estación. Eché a correr en aquella dirección, gritando:

»—¡Darma! ¡Ketty! ¡Ayuda! ¡Las han raptado! ¡Los thugs! ¡Los thugs!

»Me detuvieron algunos policías y empleados de la estación. Al principio me creyeron un loco por lo excitado que estaba, y necesité

más de una hora para persuadirles de que estaba en mi juicio y para contarles lo que había sucedido.

»Aquello no era la estación de Chandernagor, sino la de Hugli, veinte millas más arriba. Nadie se había dado cuenta de que yo estaba aún en el tren cuando éste fue llevado a la vía muerta y, por lo tanto, permanecí en mi departamento hasta que me desperté.

»Los policías de la estación comenzaron inmediatamente a hacer pesquisas, pero a pesar de su minuciosa búsqueda no obtuvieron resultado alguno.

»Tan pronto como amaneció, salí para Chandernagor con objeto de informar a Tremal-Naik de la desaparición de Darma y de la nodriza. Pero aquél ya no estaba allí, y por su amigo supe que él no había puesto ningún telegrama a mi amo. Ni siquiera el que yo recibí lo había expedido Tremal-Naik.

—¡Qué astutos son esos thugs! —exclamó Yáñez—. ¿Quién hubiera podido sospechar en una trama tan bien urdida?

—¡Prosigue, Kammamuri! —dijo Sandokán.

El maratí se enjugó las lágrimas, y continuó con voz ahogada:

—No puedo describirles el dolor de mi amo en cuanto se enteró de lo ocurrido. No se volvió loco de verdadero milagro.

»Mientras tanto, la policía continuaba haciendo indagaciones, junto con la francesa de Chandernagor para descubrir y castigar a los raptos de la niña y de su nodriza.

»Se averiguó que los dos telegramas los había expedido un indio al que no habían visto hasta entonces los empleados de la oficina telegráfica de Chandernagor, y que hablaba el francés muy defectuosamente. Después se supo que los dos brahmanes que habían viajado en mi departamento descendieron en la estación de dicha ciudad, sosteniendo a una mujer que parecía hallarse gravemente enferma, y que uno de aquellos hombres llevaba en brazos a una niña.

»Al día siguiente encontraron muerta a la nodriza en medio de un bosque de plátanos con un pañuelo de seda negro fuertemente atado al cuello. ¡La habían estrangulado los thugs!

—¡Miserables! —exclamó Yáñez, apretando los puños.

—Todo eso no prueba que hayan sido los thugs de Suyodhana los que raptaron a Darma —dijo Sandokán—. Pueden muy bien haber sido unos vulgares bandidos, que...

—No, señor —le interrumpió el maratí—. Es seguro que fueron los thugs los que llevaron a cabo el rapto, ya que una semana después mi amo encontró en sus habitaciones una flecha, que debió de haber sido arrojada desde la calle, cuya punta estaba formada por una pequeña serpiente con cabeza de mujer, que es el emblema de los sectarios de la monstruosa diosa Kali.

—¡Ah! —exclamó Sandokán, arrugando el entrecejo.

—Y no ha sido eso sólo —continuó Kammamuri—. Una mañana apareció en la puerta de nuestra casa una hoja de papel que tenía dibujado el emblema de los thugs, coronado por dos puñales puestos en forma de cruz y con una S en el centro.

—¡La firma de Suyodhana! —exclamó Yáñez.

—Sí, señor —replicó el maratí.

—Y la policía inglesa, ¿no ha descubierto nada?

—Prosiguió sus indagaciones durante algún tiempo; pero luego las abandonó. Según parece, no quiere mezclarse demasiado en los asuntos de los thugs.

—¿No hizo ninguna pesquisa en los Sundarbans? —preguntó Sandokán.

—Se ha negado con el pretexto de que no disponía de hombres suficientes para organizar una expedición lo bastante numerosa para asegurarse el éxito.

—¿Es que no tiene soldados el Gobierno de Bengala? —inquirió Sandokán.

—En estos momentos, el Gobierno anglo-indio tiene demasiadas preocupaciones para pensar en los thugs. Empieza a levantarse una nueva insurrección que amenaza acabar con las posesiones inglesas en la India.

—¡Ah! ¿Hay una insurrección? —preguntó Yáñez.

—Y que cada día se hace más temible, señor. En varios lugares se han levantado los regimientos de cipayos, sobre todo en Meerut, Delhi, Lucknow y Cawnpore. Fusilaron a los oficiales, y después

marcharon a ponerse a las órdenes de Tántia Topi<sup>20</sup> y de la hermosa y valiente rani de Jhansi.<sup>21</sup>

—Está bien —dijo Sandokán, levantándose y dando una vuelta alrededor de la mesa, como poseído de una violenta agitación—. Ya que ni la policía ni el Gobierno de Bengala pueden vigilar a los thugs en estos momentos, los vigilaremos nosotros. ¿Verdad, Yáñez? Tenemos cincuenta hombres, cincuenta piratas escogidos entre los más valientes de Mompracem, que no temen ni a los thugs, ni a Kali; también poseemos armas de buen alcance, un barco que puede desafiar incluso a los cañones ingleses y muchísimo dinero para derrochar. Con todos estos elementos, se puede hacer frente al poder de los thugs y dar un golpe mortal a ese monstruo de Suyodhana. ¡El Tigre de la India contra el de Malasia! Nos servirá de distracción.

Bebió un vaso lleno de whisky, se quedó un momento inmóvil con los ojos fijos en el fondo del vaso y después, girando bruscamente sobre los talones y mirando al maratí, le preguntó:

—¿Cree Tremal-Naik que los thugs habrán vuelto a sus misteriosos subterráneos de Rajmangal?

—Está completamente convencido de ello —contestó Kammamuri.

—Entonces, ¿habrán llevado allí a la pequeña Darma?

—De seguro, señor Sandokán.

—¿Conoces tú Rajmangal?

—Y los subterráneos también. Creo haber dicho a ustedes que fui prisionero de los thugs durante seis meses.

—Sí, ya lo recuerdo. Y esos subterráneos, ¿son muy grandes?

---

<sup>20</sup> Tántia Topi (1814-1859): fue un líder brahman durante la Rebelión y uno de sus más conocidos generales. Fue derrotado por el General Robert Napier en Ranode y más tarde ejecutado por el gobierno británico en Shivpuri.

<sup>21</sup> Rani de Jhansi (1828-1858): Rani Lakshmi Bai y era la viuda del rajá de Jhansi, despojada del trono por los ingleses en 1852 por no tener descendencia masculina. Cuando la rebelión estalló Jhansi fue un importante centro de la revuelta. Muertos los británicos, Rani recobró el poder y lideró la defensa de la ciudad. Finalmente falleció en combate en la fortaleza de Gwalior en junio de 1858.

—Inmensos, señor; se extienden por debajo de toda la isla.

—¿Por debajo, dices? ¡Qué lugar más estupendo para ahogar dentro de ellos a esos canallas!

—¿Y la niña?

—Los ahogaremos después que la hayamos salvado, mi buen Kammamuri. ¿Por dónde se descende a esos subterráneos?

—Por un agujero practicado en el tronco central de un enorme baniano.

—Pues bien, iremos a visitar los Sundarbans —dijo Sandokán—. Querido Suyodhana, pronto tendrás noticias de Tremal-Naik y del Tigre de Malasia.

En aquel instante se oyó un ruido de cadenas y un chapoteo en el agua, seguidos de voces de mando; poco después, el *prao* experimentaba una sacudida algo brusca.

—Han echado el ancla —dijo Yáñez, incorporándose—. Subamos, Sandokán.

Vaciaron de nuevo sus respectivos vasos y salieron a cubierta.

Hacía ya un par de horas que había caído la noche, envolviendo en sus sombras las pagodas de la Ciudad Negra y los campaniles, las cúpulas y los grandiosos palacios de la Ciudad Blanca; pero millares de faroles y de luces brillaban a lo largo de los muelles y del *Strand* y en los magníficos *squares*, que tienen fama de ser los más hermosos del mundo.

En el río, que en aquel lugar tenía más de un kilómetro de anchura, se veían las luces reglamentarias de cientos de barcas de vapor y de vela, procedentes de todos los rincones del mundo.

El *Mariana* había anclado cerca de los últimos bastiones del fuerte William, cuya enorme mole se agigantaba en las tinieblas.

Sandokán, después de comprobar que las anclas habían agarrado en buen fondo, mandó bajar las velas, que casi rozaban un *ghrab* que se hallaba próximo, y enseguida ordenó que echasen al agua una ballenera.

—Ya es casi medianoche —dijo a Kammamuri—. ¿Podemos ir a casa de tu amo?

—Sí, pero les aconsejo que se vistan ustedes con trajes menos elegantes y ricos que esos que llevan, para no llamar la atención de los



espías de los thugs. Tanto mi amo como yo, estamos convencidos de que los bandidos de Suyodhana nos vigilan por todas partes.

—Nos vestiremos de indios —contestó Sandokán.

—Sería todavía mejor que se vistiesen de *shudra* —dijo Kammamuri.

—¿Quiénes son los *shudra*?

—Los criados y siervos, señor.

—No me parece una mala idea. A bordo de mi barco no faltan trajes de todas clases, y tú puedes disfrazarnos, de modo que engañemos a cualquiera que nos vigile. Comencemos nuestra batalla. Y si el Tigre de la India utiliza todos los engaños y trapacerías de un zorro, el Tigre de Malasia no quedará atrás. ¡Ven, Yáñez!

### Capítulo 3 Tremal-Naik

MEDIA HORA DESPUÉS descendía por el río la ballenera del *Mariana*, a bordo de la cual iban Sandokán, Yáñez, Kammamuri y seis malayos de la dotación que la tripulaban.

Los dos comandantes del *prao* se habían disfrazado de *shudra* indios. Se anudaron alrededor de la cintura y de las caderas un ancho lienzo, llamado *dboti*, y se cubrieron los hombros y la espalda con una especie de capa de tela gruesa, de color castaño; esta prenda tiene el nombre de *dupatta*.

Llevaban metidas en la faja un par de pistolas de largo cañón y el terrible puñal de hoja ondulada, el *keris* malayo, cuyas heridas no se cicatrizan jamás por completo.

La ciudad se hallaba envuelta por las sombras, ya que a aquella hora se apagaban los faroles de los muelles y *squares*; tan sólo los faroles blancos, verdes y rojos de los barcos relucían en las negras aguas del río.

La ballenera hiló entre los veleros, los *ggrab*, los *patamars*,<sup>22</sup> las *pinazas* y los piróscafos que obstruían las dos orillas, y se dirigió hacia

---

<sup>22</sup> Patamar: Uno de los varios tipos de dhow

los bastiones meridionales del fuerte William, atracando ante la explanada, que en aquellos momentos se hallaba desierta y muy oscura.

—Ya estamos —dijo Kammamuri—. La calle Dharmatala se encuentra a pocos pasos de aquí.

—¿Vive en algún bungaló? —preguntó Yáñez.

—No; habita en un antiguo palacio indio, que había sido habitado por el capitán MacPherson, y que heredó después de la muerte de Ada.

—Llévanos hasta él —dijo Sandokán.

Saltaron a tierra y Sandokán, volviéndose hacia los malayos, les ordenó:

—Vosotros quedaos aquí esperándonos.

—Está bien, capitán —respondió el timonel que había guiado la ballenera.

Kammamuri se puso en marcha a través de la amplia explanada, seguido por Sandokán y Yáñez, los cuales llevaban la mano derecha bajo el *dupatta*, sosteniendo las culatas de las pistolas, dispuestos a repeler cualquier agresión, por rápida que fuese.

Pero la explanada estaba desierta, o al menos así lo parecía, ya que la oscuridad era tan intensa, que no se podía distinguir fácilmente a una persona.

A los pocos minutos entraron en la calle Dharmatala, deteniéndose ante un viejo palacio de arquitectura india y de planta cuadrada, coronado por una cupulita y varias terrazas.

Kammamuri metió la llave en la cerradura e iba a abrir la puerta, cuando Sandokán, que tenía la vista más fina que sus compañeros, observó que una sombra se deslizaba detrás de una de las columnas que sostenían un balcón, y que luego se alejaba rápidamente, desapareciendo en las tinieblas.

Por un momento tuvo la idea de lanzarse en persecución del fugitivo, pero se contuvo, temiendo caer en alguna emboscada.

—¿Habéis visto a ese hombre? —preguntó a Yáñez y a Kammamuri.

—¿Cuál? —preguntaron a un tiempo el portugués y el maratí.

—Un hombre que estaba escondido detrás de una de esas columnas. Tienes razón, Kammamuri, al sospechar que los thugs

vigilan esta casa. Hemos tenido ahora la prueba. Poco importa; aquel soplón no ha podido vernos el rostro con esta oscuridad, y luego no nos conoce. Procuraremos no obstante sorprenderlo.

Kammamuri abrió la puerta y volvió a cerrarla sin hacer ruido. Subieron por una escalera de mármol, alumbrada por una especie de linterna china, y el guía introdujo a sus dos acompañantes en un saloncito amueblado a la inglesa con gran sencillez, en el cual había varias sillas y una mesa de bambú, trabajado con mucho arte.

Del techo pendía un globo de cristal azul que esparcía una luz suave, haciendo brillar las losas rojas, amarillas y negras del pavimento.

Acababan de entrar cuando se abrió una puerta, y un hombre se precipitó en los brazos de Sandokán primero y de Yáñez después, mientras exclamaba:

—¡Amigos míos! ¡Mis valientes amigos! ¡Cuánto os agradezco que hayáis venido! Vosotros me devolveréis a Darma, ¿no es cierto?

El hombre que así hablaba tenía un buen tipo de bengalí, y aparentaba unos treinta y cinco o treinta y seis años de edad; era alto, esbelto, sin ser delgado, de facciones finas y enérgicas, color un poco bronceado y ojos negros y brillantes.

Vestía a la moda de los nativos ricos y modernizados de la joven India, que ya han abandonado el *dboti* y el *dupatta* y lo han sustituido por el traje anglo-indio, más sencillo, y cómodo, consistente en chaqueta entallada, blanca y con alamares<sup>23</sup> de seda, faja recamada y muy ancha, pantalón ceñido, también blanco, y pequeño turbante recamado.

Sandokán y Yáñez correspondieron a los abrazos del indio, y el primero le contestó, afectuosamente:

—Cálmate, Tremal-Naik. Si hemos dejado nuestra salvaje isla de Mompracem y nos hallamos aquí es porque venimos decididos a emprender la lucha contra Suyodhana y sus sanguinarios bandidos.

---

<sup>23</sup> Alamares: Presilla y botón, u ojal sobrepuesto, que se cose, por lo común, a la orilla del vestido o capa, y sirve para abotonarse, o meramente para gala y adorno o para ambos fines.

—¡Darma mía! —exclamó el indio, lanzando un sollozo desgarrador y apretándose los ojos, como para impedir que le brotasen las lágrimas.

—¡La encontraremos! —dijo Sandokán—. Ya sabes de lo que fue capaz el Tigre de Malasia cuando eras prisionero de James Brooke, el rajá de Sarawak. Y de la misma manera que destroné a aquel hombre, que se llamaba a sí mismo el Exterminador de los piratas y que le bastaba una sola palabra para hacer temblar a todos los sultanes y al propio rajá de Borneo, igualmente venceré a Suyodhana y le obligaré a que te devuelva a tu hija.

—¡Sí! —dijo Tremal-Naik—. Tan sólo tú y Yáñez podéis medirlos con esos malditos sectarios, con esos sanguinarios adoradores de Kali, y vencerlos. ¡Ah! ¡Si tuviese que perder también a mi hija, después de haber perdido a mi Ada, la única mujer a quien he amado, creo que me moriría o me volvería loco! ¡Es demasiado! ¡Me parece que se me rompe el corazón!

—Tranquilízate, Tremal-Naik —dijo Yáñez, que estaba muy conmovido ante el profundo dolor del indio—. Ahora no se trata de llorar, sino de actuar y de comenzar la lucha sin pérdida de tiempo. Pero dínos primero, mi pobre amigo, ¿tienes la convicción de que los thugs han vuelto a reunirse de nuevo en los subterráneos de Rajmangal?

—Tengo la completa certeza —contestó el indio.

—¿Y de que también esté allí Suyodhana?

—Dicen que también ha vuelto.

—Entonces, ¿habrán llevado a la niña a Rajmangal? —preguntó Sandokán.

—De eso no tengo seguridad. Sin embargo, es probable que haya ocupado el puesto que le dieron a su madre, mi mujer Ada.

—¿Puede correr algún peligro?

—Ninguno: la Virgen de la Pagoda representa a la monstruosa Kali sobre la Tierra, y la adoran como a una divinidad auténtica.

—En ese caso, ¿no se atrevería nadie a hacerle daño?

—Ni siquiera el mismo Suyodhana —respondió Tremal-Naik.

—¿Y qué edad tiene tu hija Darma?

—Cuatro años.

—¡Qué cosa tan extraña! ¡Hacer una divinidad de una niña! — exclamó Yáñez.

—Es la hija de la Virgen de la Pagoda, que durante siete años representó a Kali en los subterráneos de Rajmangal —dijo Tremal-Naik, ahogando un gemido.

—Hermano mío —dijo Yáñez, volviéndose hacia Sandokán—, tú me has hablado de un proyecto.

—Y ya lo he madurado —respondió el Tigre de Malasia—. Para ponerlo en práctica, tan sólo necesito saber si realmente los thugs se esconden en los subterráneos de Rajmangal. Es preciso averiguarlo con certeza.

—¿Y cómo lo vamos a saber?

—Necesitamos apoderarnos de un thug y obligarle a que confiese. Supongo que en Calcuta los habrá.

—Y no pocos —dijo Tremal-Naik.

—Procuraremos sacar a alguno de su madriguera.

—¿Y después? —preguntó Yáñez.

—Si se hallan nuevamente reunidos en Rajmangal, organizaremos una partida de caza por aquellos lugares, pues Kammamuri me ha dicho que abundan los tigres en esos pantanos. Iremos a matar algunos; primero, a los de cuatro patas, y después, a los de dos y sin cola. De esta manera nos introduciremos en Rajmangal y tal vez descubramos algo que pueda sernos de gran utilidad. Tú seguirás siendo un buen cazador, ¿verdad, Tremal-Naik?

—Como hijo que soy de los Sundarbans y de la jungla —respondió el indio—. Pero, ¿por qué cazar a los tigres antes que a los hombres?

—Para despistar al amigo Suyodhana. Los cazadores no son policías ni cipayos; y si es cierto que esa jungla es tan rica en animales salvajes, nuestra presencia no alarmará a los thugs. ¿Qué dices tú, Yáñez?

—Que la imaginación del Tigre de Malasia todavía funciona admirablemente.

—Tenemos que luchar contra un zorro, y es preciso ser más zorros y astutos que él.

—¿Conoces esos pantanos, Tremal-Naik?

—Kammamuri y yo conocemos todos esos islotes y canales perfectamente.

—¿Hay bastante calado en los Sundarbans?

—Sí, porque también existen varios brazos de mar. Tu *prau* puede encontrar allí magníficos refugios contra los vientos y las olas.

—Nómbreme uno de esos lugares.

—El de Rajmatla, por ejemplo.

—¿Está muy lejos de la guarida de los thugs?

—A unas veinte millas.

—Perfectamente —dijo Sandokán—. Además de Kammamuri, ¿tienes algún otro criado fiel?

—Y dos también, si los necesitas.

Sandokán metió una mano en el bolsillo interior de su vestido y sacó un gran fajo de billetes.

—Pues encarga a ese criado fiel que adquiera dos elefantes con sus respectivos conductores, sin reparar en el precio.

—Pero... yo... —balbució el indio.

—Ya sabes que el Tigre de Malasia tiene diamantes para enterrar en ellos a todos los rajás y maharajás de la India —le interrumpió, sonriendo, Sandokán. Y añadió, con profunda tristeza—: Ni Yáñez ni yo tenemos hijos. ¿Qué vamos a hacer con las inmensas riquezas acumuladas en quince años de correrías? ¡El destino ha sido muy cruel conmigo al arrebatarme a Mariana!

Mientras pronunciaba estas palabras, el formidable pirata se había levantado, presa de una gran agitación. Un dolor indescriptible, agudísimo, alteraba las facciones del antiguo pirata del archipiélago malayo. Dio dos o tres vueltas por el saloncito con el ceño fruncido, los labios apretados y las manos apoyadas con fuerza sobre el pecho. Sus ojos, llameantes, miraban al vacío.

—¡Sandokán, hermano mío! —le dijo Yáñez, con un tono cálido en la voz, poniéndole la mano sobre el hombro.

El pirata se detuvo, y un ronco sollozo salió de entre sus labios.

—¡No podré olvidarla jamás! —gritó con voz ahogada y enjugándose casi con rabia dos lágrimas que le temblaban en las largas pestañas—. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡He amado demasiado a la Perla de Labuan!

—¡Sandokán! —repitió Yáñez.

Tremal-Naik se había acercado al Tigre de Malasia. El indio también estaba llorando sin tratar de contener sus lágrimas.

Los dos hombres se abrazaron.

—Nuestras mujeres están muertas- dijo el indio, cuyo dolor no fue menos intenso que el Tigre de Malasia.

Kammamuri, en un ángulo, se secó los ojos; Yáñez también parecía profundamente conmovido.

De pronto, el Tigre de Malasia se separa de Tremal-Naik. El rostro del pirata, que hacía sólo un instante estaba tan alterado, había vuelto a adquirir su expresión habitual, tranquila y enérgica.

—Cuando tengamos la seguridad de que Suyodhana está allá abajo —dijo—, iremos a los Sundarbans. ¿Puedes comprar mañana los elefantes?

—Eso creo —dijo Tremal-Naik.

—Nosotros estaremos aquí hasta que hayamos podido echar mano a algún thug, y luego ya se verá lo que hay que hacer. ¿Cuándo vendrás a bordo? En nuestro barco estarás más seguro que en tu palacio.

—Iré mañana por la noche, muy tarde, para que no me vean. Ya sé que los thugs vigilan mi palacio.

—Te esperamos. Ahora, Yáñez, volvámonos a bordo. Ya son las dos de la madrugada.

—¿Por qué no os quedáis a dormir aquí? —preguntó Tremal-Naik.

—Por no despertar sospechas —contestó Sandokán—. Si nos vieran salir de aquí mañana, podría seguirnos algún espía hasta el *prao*, y eso no me gustaría. En cambio, ahora, con la oscuridad que hay en la calle, aun cuando alguien nos vigile, no podrá hacerlo más que hasta el muelle, pues está esperándonos la ballenera, y nos será fácil engañarlo en la dirección. ¡Adiós, Tremal-Naik; mañana tendrás noticias nuestras!

—Entonces, marcharemos mañana por la noche.

—Es muy tarde. Mira si puedes encontrar los elefantes, y adopta todas las precauciones posibles para que no te sigan.

—¿Quieres que os acompañe Kammamuri?

—Ya nos las arreglaremos para despistar a los espías. Además, traemos buenas armas y el muelle está cerca.

De nuevo se abrazaron y enseguida Yáñez y Sandokán bajaron las escaleras con el maratí.

—Vayan ustedes prevenidos —dijo Kammamuri, mientras les abría la puerta.

—No temas —respondió Sandokán—. No somos hombres que se dejan sorprender.

Apenas estuvieron en la calle, los dos comandantes del *prao* sacaron las pistolas que llevaban en las fajas y las amartillaron.

—Abramos bien los ojos, Yáñez —dijo Sandokán.

—Ya los abro, hermanito; pero confieso que no veo más allá de mis propias narices. Me parece que estoy metido en una enorme cuba de alquitrán. ¡Qué noche tan buena para una emboscada!

Se detuvieron en mitad de la calle, aguzando el oído, y tranquilizados por el profundo silencio que reinaba en torno de ellos, se dirigieron hacia la explanada del fuerte William.

Marcharon por el centro de la calle, manteniéndose apartados de las paredes de las casas, mirando uno hacia la izquierda y otro a la derecha.

Se detenían cada quince o veinte pasos para escuchar, porque estaban convencidos de que alguien debía seguirles, tal vez el hombre que Sandokán había entrevistado en el momento en que Kammamuri abría la puerta del palacio.

Sin embargo, llegaron felizmente al extremo de la calle, sin que les hubiese ocurrido el menor percance, y desembocaron en la explanada, donde ya la oscuridad era menos densa.

—Allá está el río —dijo Sandokán.

—Ya oigo su rumor —contestó Yáñez.

Apretaron el paso; pero no habían recorrido la mitad de la explanada, cuando de pronto cayeron el uno sobre el otro.

—¡Ah, canallas! —gritó Sandokán—. ¡Han tendido un alambre!

En aquel mismo momento, varios hombres que estaban ocultos entre las altas hierbas que crecían cerca, se precipitaron sobre los dos piratas, mientras se oía el zumbido de algo que cortaba el aire.

—¡No te levantes, Sandokán! ¡Echan los lazos! —gritó Yáñez.

Resonaron dos pistoletazos, cada uno en una dirección diferente.

Sandokán había hecho fuego precipitadamente, en el momento en que sintió que le chocaba en un hombro una bala de hierro o de plomo. Uno de los asaltantes cayó lanzando un grito, que se apagó



enseguida. Sus compañeros echaron a correr en todas direcciones y desaparecieron en las sombras.

Desde los bastiones del fuerte William, un centinela gritó:

—¿Quién anda por ahí? Después, nada.

Yáñez y Sandokán, temiendo que volvieran los asaltantes, no se movieron.

—Se han ido —dijo Yáñez finalmente, al no ver que volvieran a aparecer—. No son muy valientes esos thugs, querido Sandokán; eso, suponiendo que fueran realmente los estranguladores de Suyodhana. A los primeros disparos han echado a correr como conejos.

—La trampa estaba bien urdida —respondió Sandokán—. ¡Si tardamos en disparar las pistolas, nos estrangulan! Nos han hecho caer tendiendo un alambre.

—Veamos si está muerto ese bribón.

—No se mueve.

—Puede fingirse muerto.

Se levantaron, mirando en derredor y llevando un brazo en alto, por temor a sentirse atenazados en el cuello por algún lazo inesperado, y se dirigieron hacia el hombre que yacía tendido sobre la hierba. Tenía las piernas replegadas y las manos crispadas sobre la cabeza.

—Recibió el balazo en el cráneo —dijo Sandokán, al advertir la sangre que le cubría el rostro.

—¿Sería un thug?

—Kammamuri nos ha dicho que esas gentes llevan un tatuaje en el pecho.

—Llevémosle a la chalupa. ¡Calla!

Se oyó un silbido a lo lejos, inmediatamente contestado con otro que procedía de la calle Dharmatala.

—¡Querido Yáñez —dijo Sandokán—, a la ballenera y sin perder un solo momento!

Saltaron por encima del alambre y se dirigieron a todo correr hacia el río, en tanto que resonaba un nuevo silbido entre las tinieblas.

La ballenera estaba donde la habían dejado, y la mitad de los hombres que la tripulaban habían echado pie a tierra en el muelle, con los fusiles dispuestos al menor ataque.

—Patrón —dijo el timonel al divisar a Sandokán—. ¿Han sido ustedes los que han disparado?

—Sí, Rangany.

—Se lo dije a mis hombres: que esos disparos eran de pistolas de Mompracem. Iba a acudir a ayudarles.

—No hacía falta —contestó Sandokán—. ¿Ha venido alguien a rondar por aquí?

—No, señor.

—¡A bordo, tigres! ¡Ya es muy tarde! Ordenó que encendieran el farol de proa, y la ballenera se alejó.

Casi al mismo tiempo, un pequeño *donga*,<sup>24</sup> que se hallaba escondido detrás de una *pinaza* anclada en el muelle y tripulada por dos hombres desnudos, que parecían gusanos, pues llevaban el cuerpo untado de aceite de coco, se destacaba silenciosamente de la orilla, bogando sin hacer el menor ruido, a cierta distancia de la ballenera del *prao*.

---

<sup>24</sup> Donga: embarcación sencilla y robusta excavada en el tronco de un árbol.